



HAL
open science

Fundaciones

Dardo Scavino

► **To cite this version:**

Dardo Scavino. Fundaciones. Miguel Dalmaroni, Christian Ferrer, Jorge Monteleone. La Argentina como narración, Fondo Nacional de las Artes, 2011, 9789876410175. hal-02301027

HAL Id: hal-02301027

<https://hal.science/hal-02301027>

Submitted on 1 Oct 2019

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Fundaciones

DARDO SCAVINO

Barro

“Los devoran los de afuera”, escribía José Hernández, o decía, si prefieren, Martín Fierro: “los devoran los de afuera”, repetimos los argentinos, aunque a veces no sepamos muy bien quiénes son unos y otros, o por dónde pasa la frontera entre el interior y el afuera, entre los hermanos y los otros, ni tampoco a qué estamos haciendo alusión exactamente con el verbo *devorar*. El fantasma antropofágico, eso sí, recorre toda la historia argentina. Sarmiento, sin ir más lejos, llamaba a Rosas “el caníbal” o “el caribe”, y hasta en alguna oportunidad “el lobezno que se está criando aún”¹. ¿Y hay que recordar el paralelismo entre el toro y el unitario en aquel revoltijo de sangre y lodo de “El Matadero”? “¡El lobo, el tigre, la pantera, también son fuertes como vosotros!”, les gritaba a los mazorqueros. “Deberíais andar como ellos, en cuatro patas”².

Pero estas fantasías antropofágicas o licantrópicas no son una exclusividad de la historia nacional. Heródoto de Halicarnaso aseguraba que, según algunos escitas, “los neuros” (sí, los neuros) se convertían en lobos una vez por año, y durante algunos días, mientras que sus vecinos, los andrófagos, no conocían, de tan salvajes, “ni la justicia ni las leyes”³. Incluso el adagio que Hobbes cita en la dedicatoria epistolar a su tratado *De Cive* para referirse a la desaparición de los vínculos civiles, *homo homini lupus*⁴, provenía, a decir verdad, de una comedia de Plauto. Pero estas referencias a la antropofagia recrudecieron sin duda en la teoría política cuando los primeros exploradores regresaron del Nuevo Mundo testimoniando acerca de la existencia de tribus aficionadas a la carne humana. Y seguramente los relatos sobre el horroroso final de Juan Díaz de Solís contribuyeron a acrecentar la leyenda.

Hobbes pensaba que durante esos períodos de anomia o anarquía —de *dissolutio civitatis*, decía— el hombre se volvía lobo de su hermano, como sucedía ya en el mítico estado de naturaleza anterior a la fundación de la *civitas*. Este último vocablo, equivalente de la *pólis* griega, puede traducirse tanto por ciudad como por Estado. Y encontramos una confirmación de esta equivalencia en aquel poema de Borges consagrado a la fundación de Buenos Aires, una fundación tan “mítica” como aquella que narrase Hobbes: “¿Y fue por ese río de sueñera y de barro / que las proas vinieron a fundarme la patria?”⁵. Aun quienes piensan que la patria se encuentra fundamentalmente en el campo, saben fehacientemente que este puede ocuparse, cultivarse o devastarse, pero en ningún caso fundarse. La fundación de la patria tuvo que coincidir con la fundación de una ciudad, y por eso los romanos empleaban la expresión *major patria* para traducir una voz griega: *métro-pólis* (las *provinciae*, después de todo, no eran sino los territorios vinculados a, o vencidos por, una *civitas*).

¹ Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1993, p. 159.

² Esteban Echeverría, *El Matadero y otras prosas*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1975, p. 66.

³ Heródoto, *Historia*, Libro IV, 105 y 106.

⁴ Thomas Hobbes, *De Cive*, Oxford, Oxford University Press, 1983, p. 82.

⁵ Jorge Luis Borges, “Fundación mítica de Buenos Aires” en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 81.

Que la fundación de esta patria tenga ribetes hobbesianos, lo sugiere el propio Borges cuando menciona aquel ignoto lugar “en que ayunó Juan Díaz y los indios comieron”⁶. Pero la evocación del *homo homini lupus* se encuentra en la mayoría de los poemas y relatos acerca de la fundación de Buenos Aires. Ya el clérigo militar Luis de Miranda, embarcado en la expedición de Pedro de Mendoza, recordaba en su *Romance elegíaco* los casos de antropofagia ocurridos en la “Frontera de San Gabriel / a do se hizo el asiento”:

Allegó la cosa a tanto
que como en Jerusalén,
la carne de hombre también
la comieron.
Las cosas que allí se vieron,
no se han visto en escritura.
¡Comer la propia asadura
de su hermano!⁷

Un siglo antes de Hobbes, Miranda vinculaba la aparición de “este mal” con el mal que roía el cerebro de Mendoza y le impedía mantener el orden en la ciudad que acababa de fundar:

Los que quedaban, gritando,
decían: Nuestro General
ha causado aqueste mal,
que no ha sabido
governarse.
Y ha venido
aquesta necesidad.
Causa fue su enfermedad,
que si tuviera
más fuerzas y más pudiera
no nos viéramos así tan juntos
de la muerte.⁸

Entre los errores cometidos por Mendoza, se encuentra sin duda el hecho de haber ordenado atacar a los mismos querandíes que les traían todos los días alimentos a los marinos. Pero el poeta hacía sobre todo alusión al asesinato de Juan de Osorio instigado por el alguacil mayor, Juan de Ayolas, quien aparentemente había llegado a convencer a Mendoza durante la travesía de que su maestro de campo esperaba el desembarco en la bahía del Janeiro para amotinarse y suprimirlo (el propio Mendoza, parece ser, atribuiría más tarde las calamidades de Buenos Aires a este pecado original de la expedición).

Durante las celebraciones del cuarto centenario de la fundación de la ciudad, Enrique Larreta se inspiró en el romance de Miranda para escribir su obra de teatro *Santa María del Buen Aire*. El drama explica la rivalidad entre Osorio y Ayolas por un episodio que habría tenido efectivamente lugar durante la expedición de Mendoza pero en las islas Canarias. Se trataba de una disputa en torno a una mujer, Elvira, elevada a

⁶ *Ibid.*

⁷ Bernardo Canal Feijóo, *Los fundadores... (Manuel del Barco Centenera y otros)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1979, p. 19. Miranda recuerda aquí los presuntos casos de antropofagia ocurridos durante el sitio de Jerusalén del año 70 d. C. tal como lo narra Flavio Josefo en el libro IV de *La guerra de los judíos*.

⁸ *Ibid.*

la dignidad de protagonista en la obra de Larreta. Esta rivalidad amorosa no excluía, aún así, la dimensión política del drama y el autor mismo lo subraya en la introducción:

Ayolas es el ejemplo de uno de aquellos conquistadores que, al sentirse en un medio libre y salvaje, recogían en su frenética astucia la lección terrible de la naturaleza. El jaguar, el aguará, la liana misma y el mismo árbol de las selvas con su ferocidad sigilosa: he ahí sus maestros.⁹

Ayolas no viaja a América para fundar una *civitas* sino para sustraerse a ella. Y el propio personaje se lo confiesa a Rodrigo de Cepeda, hermano de Santa Teresa de Ávila y portavoz, en la obra, de la fe cristiana:

Quiero deciros: cada cual para sí y la presa para el más fuerte. Esa es la ley verdadera, la ley natural, la ley divina. ¿Veis aquel pájaro que otea los nidos desde lo alto, desde el cielo? Esa es la ley divina (*Vuelve a retir*).¹⁰

Para Ayolas, el viaje a América era un regreso a la selva, a lo salvaje, esto es: al lugar en donde se emboscaban, como se suele decir, los bandidos, esos individuos que viven al margen del orden civil y que una antigua tradición representa con un *caput lupinum*. Transfigurado, a través de la leyenda del *lobis-homen* portugués, en lobisón rioplatense, este personaje llegaría a inspirar un cuento que un amigo y discípulo de Larreta, Manuel Mujica Láinez, incluyó en su compilación *Aquí vivieron*: el gobernador Pedro Esteban Dávila, representante de la *civitas* en esas comarcas alejadas del Imperio de los Austrias, vuelve a Buenos Aires con los cabellos blancos, los dientes que le castañeteaban y las manos temblorosas, después de haber pasado una noche en las afueras de la ciudad confundiendo el aullido de la tempestad con la amenaza de un lobisón¹¹.

Al concentrar esta animalización del hombre en la figura de Ayolas, Larreta relegó a un segundo plano de su drama los episodios antropofágicos de la primera fundación (sólo la compañera de Mendoza, María Dávila, recuerda en un momento a los tres ahorcados cuyos muslos habían sido mutilados por soldados hambrientos y a “ese pobre Baitos, el que... ya sabéis...”¹²). Catorce años más tarde Manuel Mujica Láinez iba a completar estos puntos suspensivos convirtiendo a este Baitos en el protagonista de su relato sobre la fundación de Buenos Aires: “El Hambre”. Al inicio de este cuento, Mendoza delira en su choza, rodeado por el lujoso mobiliario traído de Guadix, el gran tapiz de la orden de Santiago y su blasón rojo, dorado y verde con el lema “Ave María”, mientras se escuchan los gritos de los “salvajes” que están sitiando el real. Repentinamente, el narrador desplaza la focalización desde el Adelantado y su sueño con la “comarca de los metales y las perlas”, a un soldado desfalleciente de hambre:

Baitos, el balletero, también imagina. Acurrucado en un rincón de su tienda, sobre el suelo duro, piensa que el Adelantado y sus capitanes se regalan con maravillosos festines, mientras él perece con las entrañas arañadas por el hambre. Su odio contra los jefes se torna entonces más frenético. Esa rabia le mantiene, le alimenta, le impide echarse a morir. Es un odio que nada justifica, pero que en su vida sin fervores obra como un estímulo violento. En Morón de la Frontera detestaba al señorío. Si vino a América fue porque creyó que aquí se harían ricos los caballeros y los villanos, y no existirían diferencias. ¡Cómo se equivocó!¹³

⁹ Enrique Larreta, *Santa María del Buen Aire*, Buenos Aires, Viau y Zona, 1936, p. 16.

¹⁰ *Ibid.*, p. 90.

¹¹ Manuel Mujica Láinez, “El Lobisón” en *Aquí vivieron*, Buenos Aires, Sudamericana, 1976.

¹² Larreta, *op. cit.*, p. 107.

¹³ Manuel Mujica Láinez, *Misteriosa Buenos Aires*, Madrid, Debolsillo, 2005, p. 21.

Y cuando, hacia el final del relato, Baitos cree haber apuñalado a uno de esos señores con el propósito de devorarlo, descubre, con espanto, que está mordiendo el brazo de su hermano (el cuento concluye con el ballestero corriendo despavorido hacia las hogueras de los indios). Si Larreta vinculaba la *dissolutio civitatis* con el abandono de la religión y, en especial, del cristianismo, su discípulo Mujica Láinez la asocia con la lucha de clases, la supresión de las desigualdades o la política revolucionaria encarnada en el ballestero hambriento (“¡Cómo si no nacieran todos iguales!”, piensa Baitos¹⁴). La revolución, después de todo, venía acompañada, para los clásicos, con una amenaza más terrible que la guerra: la pesadilla de la turbamulta, la discordia interior o la disgregación de los vínculos civiles. La revolución precipitaba la civilización en el estado de naturaleza, esto es: en la noche sin estrellas donde moran los salvajes.

A esta *dissolutio civitatis* se referiría también Juan José Saer a la hora de contar esta fundación de Buenos Aires. “Atravesando el mar exterior”, escribía en el primer capítulo de *El río sin orillas*, y “entrando en el agua barrota del río”, los conquistadores no sabían

que iban siendo expulsados también de sus costumbres, de su cultura, de su lengua, de su concepción misma de la especie humana, en una palabra, de todas las mediaciones simbólicas de lo más relativas, que confundían con una supuesta realidad absoluta.¹⁵

Esos hombres del Renacimiento, fascinados con la antigüedad grecorromana, descubrieron con aquellas expediciones que eran “contemporáneos de un pasado más arcaico”:

Los primeros pasos de Solís por el territorio americano, lo condujeron a un encuentro rápido y desastroso con lo arcaico, pero con lo arcaico en su forma exterior, llegando, igual que una flecha lanzada desde los primeros tiempos, a clavarse en la garganta del descubridor. En el primer asiento de Buenos Aires, lo arcaico fue manifestándose, en esos hombres, desde dentro, no como la flecha de Solís, sino igual al río en cuya orilla naufragaban, por crecimiento gradual de sus aguas oscuras, que poco a poco sumergen todo el paisaje conocido y al retirarse dejan por todas partes los rastros de su paso...¹⁶

No podemos detenernos aquí en la larga tradición de textos que asocian la *incondita et confusa turba* con las inundaciones y las tempestades. Baste con recordar que la palabra *diluvium*, derivada de *diluo*, significaba disgregación o disolución de los lazos. Y el propio Saer no cesa de recordar esa “agua barrota” en la que suelen “chapalear” sus personajes. Ya Luis de Miranda, en todo caso, se dirigía a Dios en estos términos:

A todos nos derribaste
la soberbia de tal modo
que era nuestra casa y lodo
todo uno.¹⁷

Tanto Borges como Saer insisten en destacar esa contextura barrota de las costas rioplatenses, contextura que impediría cualquier fundación estable y duradera. El santafesino recuerda incluso la irrisoria capitulación de Carlos V que autorizaba a Mendoza a construir “tres fortalezas de piedra”: “Lo mismo hubiese sido que lo autorizara a edificarlas de porcelana china, porque no había una sola piedra en quinientos

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Juan José Saer, *El río sin orillas*, Buenos Aires, Alianza, 1991, pp. 46-47.

¹⁶ *Ibid.*, p. 72.

¹⁷ Canal Feijóo, *op. cit.*, p. 19.

kilómetros a la redonda”¹⁸. Saer se equivoca, evidentemente, porque el futuro empedrado de Buenos Aires va a provenir de una excepción geológica cercana: la isla Martín García. Pero este error nos revela hasta qué punto la figura del barro tiene un valor poético en su obra, indisociable de la ausencia de una base sólida en donde asentar la *civitas* y de la omnipresencia de esa “materia amorfa” infinitamente dúctil y dócil a las fantasías de los fundadores.

Sueñera

En la introducción a *El río sin orillas*, Saer advertía que sus páginas no contendrían ningún hecho “voluntariamente ficticio”¹⁹. El santafesino, no obstante, se negaba a inscribir su libro en la rúbrica de la *non-fiction*. Este formaba parte, a su entender, de un “híbrido sin género definido” con “una tradición constante en la literatura argentina”²⁰. Y basta con leer las páginas que este escritor le consagra a la primera fundación de Buenos Aires, para comprobar que su reconstrucción de los hechos no difiere, en lo esencial, del relato que hiciera su comprovinciano Busaniche (Saer reconoce incluso más de una vez su deuda con el historiador revisionista). Ambos habían consultado además un opúsculo de Paul Groussac, las investigaciones de Enrique de Gandía y los principales documentos disponibles sobre el tema: las crónicas de Ulrich Schmidl y Ruy Díaz de Guzmán y el mencionado romance de pie quebrado del fraile Luis de Miranda.

Ahora bien, esto no significa que un ensayo como *El río sin orillas* sea apenas un ejercicio de historiador diletante, más atento, cuanto mucho, a la belleza del estilo o a los procedimientos narrativos de la novela moderna. No tendría ningún sentido definir este trabajo a través de un rasgo negativo —la ausencia de rigor historiográfico—, del mismo modo que sería injusto negarle a un historiador como Busaniche sus dotes de narrador. Si este escribió un ensayo histórico, y Saer, como él mismo dice, un ensayo literario, se debe a que ambos encaran la narración de acontecimientos como la fundación de Buenos Aires de manera diametralmente distinta.

Busaniche trataba de explicar por qué Pedro de Mendoza juzgó necesario erigir una ciudad en esa región inhóspita cuyos metales preciosos brillaban, sobre todo, por su ausencia, para preguntarse a continuación cuáles fueron las consecuencias de esta primera fundación o, en este caso preciso, de su trágico fracaso. Saer expone, a grandes rasgos, los mismos motivos y las mismas consecuencias, destacando sobre todo la incorporación del ganado bovino y equino cuya multiplicación iba a resultar crucial para el porvenir económico, social y poético de la región. Pero Saer añade una dimensión que se encuentra ausente en Busaniche y en cualquier historiador genuino: la primera fundación, en *El río sin orillas*, no fue solamente un episodio histórico que marca el inicio de una ciudad y una patria sino también el acontecimiento mítico, un suceso primordial que anticipaba ya la historia entera del país:

Hay que reconocer que ya estaban presentes en el acontecimiento muchos de los elementos característicos de lo que serían después la ciudad y la región. Este desembarco plantó, de una vez para siempre, la semilla de nuestras suavidades y de nuestras asperezas.²¹

Y después de una enumeración de los grupos heterogéneos que componían la expedición de Mendoza, Saer concluye:

¹⁸ Saer, *op. cit.*, p. 68.

¹⁹ *Ibid.*, p. 19.

²⁰ *Ibid.*

²¹ *Ibid.*, p. 67.

Ya tenemos tres elementos casi constantes de la región: un puñado de dirigentes que reivindicaban toda una serie de privilegios, una mayoría de pobres diablos de diversas nacionalidades a los que la miseria empujó a América con la intención de enriquecerse, y una vasta masa anónima, los indios, relegada a las tinieblas exteriores. Hacia 1875 la situación no era diferente y, sin querer exagerar, me atrevería a decir que en 1991 sigue siendo la misma, aunque la modalidad y las magnitudes hayan cambiado.²²

Aunque no hubiese revelado, como Saer, el procedimiento poético, refiriéndose a esa metáfora seminal o profética de los “elementos característicos” o “constantes” que “ya estaban presentes” en la fundación, Manuel Mujica Láinez había recurrido también a una estrategia similar. La mencionada figura histórica de Baitos —Ruy Díaz de Guzmán lo había evocado en su crónica— presagia en “El Hambre” la irrupción de aquellas masas inmigrantes, sus deseos de enriquecimiento y aquellos reclamos de igualdad que Mujica Láinez y los suyos consideran tan quiméricos como la busca del Dorado, mientras que la masa anónima de indios “relegada a las tinieblas exteriores” aparece bajo la figura de esos “salvajes” que están sitiando el real “en la negrura sin estrellas”.

Algunos años antes de la publicación de este cuento, Ezequiel Martínez Estrada había iniciado su *Radiografía de la pampa* refiriéndose igualmente a los conquistadores del Mar Dulce. Y aunque no se detuviera en las peripecias precisas de la fundación de Buenos Aires, su relato no dejaba de tener un valor premonitorio: “Vivimos con aquellas minas de Trapalanda en el alma”, explicaba, de modo que “el antiguo conquistador se yergue todavía en su tumba, y dentro de nosotros, mira, muerto, a través de sus sueños frustrados, esa inmensidad promisoriosa aún, y se le humedecen de emoción nuestros ojos”²³. A través de esta prodigiosa trasposición de los pronombres personales, Martínez Estrada le confiere al decepcionado conquistador del Río de la Plata, el fallido Cortés o Pizarro, el título de una metáfora oracular de los argentinos venideros, y sobre todo de aquellos que desembarcaron en esas costas barrosas con la esperanza de hacerse la América.

La diferencia entre una narración histórica y una narración literaria no concierne entonces el estatuto real o imaginario de los hechos relatados sino su condición poética o profética: la segunda va a presentarlos como prefiguraciones de una situación presente o, a la inversa, como el cumplimiento de presagios del pasado. Hacia 1932, Borges ya había abordado la naturaleza de estas tramas hermenéuticas: los relatos literarios, explicaba, no prosiguen la lógica de la “causalidad natural”, ese determinismo observado por cualquier historiador, sino la lógica de la causalidad mágica, de los augurios, los vaticinios o las alegorías proféticas. “Todo episodio, en un cuidadoso relato, es de proyección ulterior”, escribía, y por eso estas narraciones responden a un “juego preciso de vigilancias, ecos y afinidades” o a una minuciosa “teleología de palabras y episodios”²⁴. Y Borges ilustraba esta estructura oracular a través de una narración fílmica: “A principios *A cartas vistas*, unos aventureros se juegan a los naipes una prostituta, o su turno; al terminar, uno de ellos ha jugado la posesión de la mujer que quiere”²⁵. Cuando los literatos cuentan la historia argentina no proceden de otro modo: el episodio inicial, la fundación, augura la historia entera del país inaugurado. Los historiadores piensan en términos de determinaciones económicas, sociales o culturales; los literatos, por sobre todo, en términos de predestinaciones poéticas. Para el historiador, la omnipresencia del barro es un dato geográfico susceptible de explicar ciertas dificultades en el funcionamiento del puerto; el narrador va a convertirlo en una metáfora de la inestabilidad civil de la región.

El ensayo literario convierte la historia argentina en una intriga hermenéutica semejante a aquella que ciertos exégetas encontraron en la Biblia. Como lo habían señalado ya San Pablo y San Agustín, y como lo recordaría Erich Auerbach durante la Segunda Guerra, los episodios del Antiguo Testamento podían leerse

²² *Ibid.*, pp. 67-68.

²³ Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*. Edición de Leo Pollman, Nanterre, Archivos, 1996, p. 9.

²⁴ Borges, “El arte narrativo y la magia” en *op. cit.*, p. 229.

²⁵ *Ibid.*, p. 230.

como alegorías proféticas del Nuevo: si Noé, por tomar sólo un ejemplo, construye un arca para salvar a las especies animales del Diluvio Universal, Jesús va a construir una Iglesia para salvar a los hombres del Juicio Final (sólo que el valor profético del primer episodio “se descubre” retrospectivamente cuando lo anunciado se cumple). El ensayo literario argentino, en este aspecto, perpetúa esa dimensión providencial de la historia que los historiadores habían extirpado de su disciplina a la hora de convertirla en un saber positivo e interpreta la historia del país como si se tratase de un “infinito libro sagrado”. Recordemos, para el caso, el relato del propio Sarmiento acerca de la fundación de San Juan de la Frontera, una ciudad cuyo asiento no es ajeno a la exploración de “derroteros” que presuntamente conducían a las “montañas de oro” del Nuevo Cuzco o a los “sacos de oro en pepitas” escondidos en las fabulosas Casas Blancas. “Me figuro a los primeros colonos de San Juan”, escribe Sarmiento,

en corto número en los primeros años, careciendo de todas las comodidades de la vida, bajo el cielo abrasador, y establecidos en un suelo árido y rebelde, que no da fruto si no se lo arranca el arado, descontentos de su pobre conquista, ellos que habían visto tesoros acumulados por los Incas, inquietos por ir adelante, y descubrir esa tierra inmensa que deja, desde las faldas orientales de los Andes, presumir un horizonte sin límites.²⁶

Pero los fundadores de San Juan no fueron los únicos en verse seducidos por los relatos de los lugareños acerca de algún Dorado:

La ubicación de la mayor parte de las ciudades americanas está revelando aquella preocupación dominante de los espíritus. Todas ellas son escalas para facilitar el tránsito a los países del oro; pocas están en las costas en situaciones favorables a comercio. La agricultura se desarrolló bajo tardo impulso de la necesidad y del desengaño, y los frutos no hallaron salida desde los rincones lejanos de los puertos, donde estaban las ciudades.²⁷

La fundación de muchas ciudades americanas no obedeció, según Sarmiento, a la razón y la utilidad —a la razón y la utilidad burguesas, se entiende— sino al deseo y la leyenda. Y el sanjuanino lamenta que esto siga siendo así, como si aquellos episodios originarios se repitiesen a la manera de un destino maldito de la historia nacional.

Embelesados con las historias más extravagantes, los hombres están dispuestos a emprender aventuras riesgosas e insensatas, y por eso los argentinos del siglo XX seguían teniendo las minas de Trapalanda en el alma. No es extraño, en todo caso, que Martínez Estrada comparase a los conquistadores que se internaron en el Río de Solís con el hidalgo de Cervantes. Don Quijote también había sido “víctima de la llanura”: “... la esterilidad de la Mancha fructificó en sus sesos las sergas de sus lecturas solitarias”²⁸. A un extravío semejante seguiría refiriéndose Saer al hablar de “la tierra vacía y chata en la que encalló” Mendoza, “tan propicia al delirio aun en los días más calmos de la existencia” y que “no hizo más que acrecentar los espasmos de su propia fiebre”²⁹. Pero un par de años antes de la publicación de *Radiografía de la pampa*, Enrique Larreta ya había cotejado el frustrado intento del Adelantado con las desventuras de don Alonso Quijano. Y a esta comparación de *Las dos fundaciones* iba a regresar en el prólogo de *Santa María del Buen Aire*. Si las empresas

²⁶ Domingo Faustino Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, Kapelusz, 1966, p. 81.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ Martínez Estrada, *op. cit.*, p. 7. El vocablo *sergas* significa “hazañas”, como se lee en uno de los libros de caballerías de Garci Rodríguez de Montalvo, *Las sergas de Esplandián* (1496).

²⁹ Saer, *op. cit.*, p. 69.

de Cortés y Pizarro, en efecto, podían compararse con las aventuras de Amadís de Gaula, la expedición de Mendoza, “por su desaforada ilusión y áspero destino, aseméjase mucho al libro de Cervantes”³⁰. Mujica Láinez va a inspirarse incluso en esta idea para presentar, durante las celebraciones del cuarto centenario de la ciudad, su novela *Don Galaz de Buenos Aires*.

Al igual que Saer, Larreta se preocupó por respetar escrupulosamente los datos proporcionados por los documentos historiográficos y hasta llegó a consultar en el Archivo de Indias la querrela judicial presentada por el padre de Juan Osorio. Esto no fue óbice para encarnar en su amante, Elvira,

la alucinación, aquella alucinación que, a manera de hechizo, movía todas esas empresas delirantes y muy particularmente la de Mendoza. Había que corporizar ese hechizo y lo hice mujer, vale decir lo encarné en una mujer, substancia de ilusión, como lo expresa su propio amor desdoblado y hasta esa zarabanda también auténtica, palabra y música, que ella canta en el puente de la carabela y tan ajustada al asunto que muchos tendrían derecho a suponer que la he fabricado yo mismo, si no fuera tan hermosa:

“Que si me gané, que si me perdí,
que si es, si no es; si no soy, si no fui”³¹

Larreta había comprendido muy bien las resonancias libidinales de las historias que recorrieron Europa en los tiempos de Colón cuando las carabelas del almirante volvieron repletas de especias, metales preciosos y un tesoro de leyendas que se propagaron en pocos meses por el viejo continente.

Mítica

Borges contaba que Bill Harrigan no había desdeñado, durante su infancia en Nueva York, algunas “ficciones teatrales”: “le gustaba asistir (acaso sin ningún presentimiento de que eran símbolos y letras de su destino) a los melodramas de cowboys”³². Y el propio Rosendo Juárez confesaría que durante años se había hecho el Juan Moreira, “que a lo mejor se habrá hecho en su tiempo algún otro gaucho de circo”³³. ¿No asegura el comisario José Olave que “antes de los Podestá y de Gutiérrez casi no hubo duelos criollos”³⁴? A través de estas variantes del hidalgo don Quijote, Borges insinúa que la literatura no imita a la vida sino al revés. Y a esta misma inversión se referiría Saer algunas décadas más tarde:

Como es sabido que la naturaleza imita al arte, no es improbable que, después del florecimiento de la literatura gauchesca (1815-1879) y del teatro popular que la sucedió, muy en boga en el campo, haya habido gauchos que se parecían a los de la literatura, así como los jóvenes europeos se suicidaban después de haber leído *Werther*.³⁵

Borges evocaba al respecto la inquietud que nos provoca el hecho de que don Quijote sea lector del *Quijote*: esta inversión nos sugiere, según él, “que si los caracteres de una ficción pueden ser lectores o espec-

³⁰ Larreta, *op. cit.*, p. 13.

³¹ *Ibid.*, pp. 16-17.

³² Borges, “El asesino desinteresado Bill Harrigan” en *op. cit.*, pp. 316-317.

³³ Borges, “Historia de Rosendo Juárez” en *ibid.*, p. 1036.

³⁴ Borges, “El encuentro” en *ibid.*, p. 1042.

³⁵ Saer, *op. cit.*, p. 83.

tadores, nosotros, sus lectores o espectadores, podemos ser ficticios"³⁶. Y Borges concluía sus argumentos con una observación que le atribuye a Thomas Carlyle: "La historia universal es un infinito libro sagrado que todos los hombres escriben y leen y tratan de entender, y en el que también los escriben"³⁷.

Las narraciones, y sobre todo las narraciones sobre los orígenes de una nación, se vuelven con Borges más fundamentales que las fundaciones: si algo une a los miembros de una comunidad, estos son, por sobre todo, los relatos que se transmiten de generación en generación. El vínculo civil es, antes que nada, un relato. Como sucede con los mitos, estos relatos no rememoran solamente los orígenes de un pueblo, de un *nosotros*, de alguna hermandad, sino también los comportamientos apropiados para desenvolverse en ella. Sarmiento, Martínez Estrada o Saer no se limitan a contarnos lo que sucedió en los inicios de la patria: convierten esos episodios en prefiguraciones del presente y elevan a sus protagonistas en modelos positivos o negativos para las situaciones actuales. Borges no ignoraba, por ejemplo, hasta qué punto la narrativa sarmientina tenía un estatuto fundacional, y por eso le atribuye a este escritor los mismos poderes providenciales que a Dios:

En su larga visión como en un mágico
Cristal que a un tiempo encierra las tres caras
Del tiempo que es después, antes, ahora,
Sarmiento el soñador sigue soñándonos.³⁸

La narración del inmigrante industrial o de la maestra abnegada no tiene, a fin de cuentas, un estatuto muy distinto de aquella cuyo protagonista era el gaucho: ambas suscitaron vocaciones y comportamientos, ambas se convirtieron en "símbolos y letras" de muchos destinos. Y algo similar va a sugerir Manuel Puig cuando equipare los melodramas cinematográficos de Molina con la epopeya política de Valentín. Las comunidades existen en la medida que sus integrantes se transmiten estas ficciones y se identifican con sus héroes o sus heroínas. Borges lo había intuido ya en un texto de juventud sobre el Quijote: "Cervantes fue un hagiógrafo"³⁹, porque sus héroes, los santos, son quienes entregan devotamente sus cuerpos, quienes los entregan hasta el sacrificio, para verificar una narración.

Piglia va a poder sustituir entonces la ciudad, la ciudad ausente, la *civitas* sarmientina, por una máquina de traducir y transformar relatos inventada por Macedonio Fernández (esa máquina, por otra parte, es una variante de aquella invención de Morel situada en un museo insular y susceptible de "devorar" el cuerpo de cualquier persona para convertirlo en personaje de ficción). Episodios como la fundación de la ciudad de Buenos Aires, de hecho, no coincidieron siempre con la fundación de la patria. Cuando Montegudo cuenta los orígenes de la patria en su oración inaugural de la Sociedad Patriótica de Buenos Aires, se remonta a las civilizaciones precolombinas que "las proas" vinieron más bien a destruir⁴⁰. Y este relato no es ajeno a la alianza que los criollos pretendían establecer con los indígenas durante las revoluciones para enfrentarse a "los de afuera" que amenazaban con devorarlos: los godos.

Habrà que esperar a la primera campaña de "limpieza" de la región pampeana conducida por el general Juan Manuel de Rosas, para que la fundación de Mendoza asuma un estatuto inaugural durante las celebraciones de su tercer centenario. "Los de afuera" van a ser, ahora, los propios indios situados más allá de la "frontera". Y habrá que esperar todavía un siglo más, y otra una campaña de "limpieza" más cruenta todavía,

³⁶ Borges, "Magias parciales del Quijote" en *op. cit.*, p. 669.

³⁷ *Ibid.*

³⁸ Borges, "Sarmiento" en *ibid.*, p. 899.

³⁹ Borges, "La conducta novelística de Cervantes" en *El idioma de los argentinos*, Madrid, Alianza, 1998, p. 123.

⁴⁰ Bernardo de Montegudo, *Escritos políticos*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1916, p. 112.

para que un joven poeta porteño, proclive incluso a un “criollismo algo voluntario”, llegue a escribir este alejandrino: “que las proas vinieron a fundarme la patria”. Cada uno puede reconstruir, a grandes rasgos, el relato de la patria de donde proviene este enunciado, y cada uno conoce algunas de las variantes, o traducciones, que circulan por la literatura argentina; como conoce las prácticas de exclusión o de catalogación asociadas a este relato, las mismas que convirtieron la vida de muchas personas en destino.

Estas ficciones siguen diciéndonos, por consiguiente, quiénes son nuestros hermanos y quiénes “los de afuera”, con quiénes debemos unirnos y de quiénes separarnos, quiénes merecen nuestro amor fraterno y quiénes nuestro temor o nuestro odio, y hasta nos convencen de que esas uniones y esas divisiones, esos amores y esos odios, no son, en modo alguno, infundados. Esas ficciones siguen trazando los límites del “real”, como se lo llamaba en tiempos de Mendoza, y decidiendo los antagonismos. Y lo hacen en la única ciudad sin “afuera”: la literatura.